

El general Santa-Anna escribió á sus amigos de Europa, describiéndoles como una violencia cometida con él, lo que le había pasado en Veracruz, con él que tanto había figurado en su país y se había comprometido en su última presidencia, al intentar la monarquía en México con soberanía de estirpe real de Europa, cuya conducta formó precisamente un capítulo para combatirlo y del que con grande dificultad trató de indemnizarse como pudo.

Santa-Anna, lo mismo que el Sr. Labastida, creía que por la precipitación con que habían procedido los espíritus entusiasmados, corría peligro la aceptación del Archiduque, y que debía haberse esperado para apoyar lo propuesto, mayor expresión de la opinión y voluntad de la Nación mexicana; es decir, que se debía haber continuado en dar libertad á las poblaciones, principalmente á las capitales de las Provincias, para ayudarlas á pronunciarse y adherirse á las nuevas ideas, y entonces se debería haber formado la Junta de Notables.

En el regreso de D. Antonio López de Santa-Anna á su patria, pareció tener participio el partido clerical, pues en una de las proclamas que expidió, se lamentaba de que la demagogia hubiese arrebatado de las manos del clero los bienes que servían para la magnificencia del culto. Parece ser, según esto, que la fracción ul-

"Me comprometo como mi padre á las condiciones arriba mencionadas. — ANGEL L. DE SANTA-ANNA.

"Rectificado el lugar en que se han dado las firmas.

"El comandante superior. — H. MARÉCHAL."

En la carta que Santa Anna dirigió á Maximiliano á fines de 1863, le decía entre las mil protestas de obediencia: "Si me hubiera encontrado en posibilidad de seguir á la Comisión mexicana, V. A. I. hubiera oído por la voz de uno de los próceres de la Independencia, por el que ha ocupado por tantos años el primer lugar entre sus conciudadanos, ratificar lo que el digno presidente de ella expresara con tanta elocuencia como sinceridad." Aseguraba que el Imperio de Maximiliano era el único remedio para curar los males de México, la última aurora de sus esperanzas, y concluía pidiendo que Maximiliano reconociera en el decano del ejército mexicano, á un adicto y desinteresado amigo, y al más obediente servidor "que le desea las mayores felicidades y atentamente besa las imperiales manos de V. A. I."

En el primer Manifiesto que expidió entonces, se mostraba acérrimo partidario del sistema monárquico, siendo la última palabra de su conciencia y de su convicción la monarquía constitucional, y no solamente encomiaba á la monarquía y al Archiduque Maximiliano, sino á Luis Napoleón, llamándole monarca magnánimo que tan oportuna y generosamente nos había alargado su mano poderosa, pues el agradecimiento es la virtud de las almas nobles."

En el Manifiesto que expidió Santa-Anna en San Thomas el siguiente año de 1866, recordaba la adhesión pública que había dado al Imperio el 27 de Febrero de 1864, y calificaba el hecho de error deplorable; había creído que el sistema imperial era el deseado por la mayoría, pero se había equivocado y «desde la isla hospitalaria en que residía, contemplaba con indignación el cadalso que la tiranía regaba con sangre de nuestros hermanos en nuestra muy querida patria.»

En cuanto al hecho de haber puesto su firma al pie del acta redactada á bordo del "Comway" dió por excusa que se lo habían impuesto las circunstancias y no había sido producido por su voluntad. Un oficial francés se presentó á bordo del vapor que le conducía á Veracruz, le notificó que no podía desembarcar, y debía regresar inmediatamente si no suscribía todas las condiciones que escritas se les presentaban, por las cuales reconocía la Intervención y al monarca electo; además había de abstenerse de cualquiera proclama al pueblo; "semejante propuesta, no podía sino excitar mi indignación; pero los sufrimientos de mi esposa fatigada por el viaje, y los consejos de algunos amigos que habían ido á encontrarme, me condujeron á suscribir las condiciones que se me imponían." Terminaba afirmando su patriotismo, su desinterés y amor á México, cuya gloria y dicha de los mexicanos, dijo, era su único deseo, y recordaba que en el 2 de Diciembre de 1822 había adoptado esta divisa: ¡Abajo el Imperio! ¡Viva la República!

tramontana del partido conservador, se proponía aceptar á Santa-Anna como caudillo. Bazaine negó el permiso para que la proclama fuese publicada, alegando ser facultad exclusiva suya ó de la Regencia expedirlas; pero ó llegó tarde la orden ó los interesados en el negocio eludieron darle cumplimiento, pues fué impresa en Orizaba y tuvo bastante circulación. A consecuencia de esta proclama, Santa-Anna fué obligado á volver á la isla de San Thomas, sin que le valieran, para permanecer en territorio mexicano, las protestas de sumisión al orden establecido por la intervención francesa.

Las dificultades mayores con que tropezó la Intervención, aparecieron desde que se trató de regularizar la administración del territorio sometido por la fuerza. Bazaine, al regresar á México, resolvió que estuvieran los funcionarios mexicanos, bajo la vigilancia directa de los generales y comandantes superiores franceses, "teneis la misión, les dijo, de sobrevigilar los hechos administrativos y estar al corriente de los actos del prefecto político, de los magistrados y agentes financieros; sin inmiscuirlos en los asuntos cuya dirección está confiada á cada uno de esos funcionarios, los dirigireis con vuestros consejos. Releed el Manifiesto de 12 de Junio de 1863 y penetraos de su sentido. Nada ha cambiado desde entonces hasta hoy, en el programa del Emperador. Si el prefecto político comete faltas que comprometan nuestra política, es deber vuestro señalarle el peligro, invitarle á no llevar á efecto un acto que pueda comprometer la situación, previniéndole que me informareis, lo que debéis hacer sin retardo, dándome explicaciones detalladas, á fin de que yo pueda provocar en seguida la intervención del Gobierno mexicano."

"Es necesario sobrevigilar al clero; pero debéis unir la prudencia á la energía; quedándome la facultad de resolver sobre todos los asuntos que le incumben; os bastará darme cuenta de todo lo que vos sepais." "Señaladme sin vacilación los jueces que se aparten de los principios cimentados sobre la nacionalización de los bienes eclesiásticos." "Cuando los miembros del clero os pidan que pongais á su disposición los Seminarios ú otros establecimientos de instrucción, mirad, examinad atentamente si es posible satisfacerlos sin perjudicar la instalación de las tropas y las necesidades generales del servicio. En este caso, quedais autorizados para entregar esos establecimientos, haciendo notar que concedéis provisionalmente el goce de ellos y no la restitución que á ningún título sería posible. Queda bien entendido que esa devolución condicional, solamente podría aplicarse á los establecimientos que no han sido adjudicados ó vendidos, y que aun son propiedades del Estado." Los comandantes superiores debían enviarle á Bazaine cada mes, el día primero, una relación sucinta acerca de cada uno de los servicios administrativos y políticos.

Aun estaba Bazaine en el Interior de la República, cuando supo el fallecimiento de su esposa que se había quedado en Francia; Napoleón III le manifestó desde luego sus simpatías al ocurrir ese suceso. A la vez le indicó que podía organizar escuadrones de caballería ligera según estaban organizados por las compañías del Real del Monte, esto es, pagando un peso diario á todo individuo que

se presentara bien armado y bien montado; le aconsejaba que no ocupase en el Oriente de México más que á Veracruz, Jalapa y Córdoba; que un cuerpo de tropas mexicanas expedicionara por las tierras calientes, para evitar que las enfermedades de ese clima destruyeran á los europeos; para los usos correspondientes le remitía diez mil fusiles y mil carabinas; deploró las condecoraciones que Forey había dado á los mexicanos y aconsejaba no concederlas sino por acciones de mérito bien comprobado; se mostraba muy satisfecho porque Bazaine había hecho retirar el decreto sobre confiscación, y creía que debía sujetarse la marcha política al programa contenido en la proclama que expidió Forey al llegar al territorio mexicano; pedía que le fuera señalado algún general de brigada, entre los de la expedición, para ascenderlo. 'Haced cuanto podáis, le decía á Bazaine, para decidir á los generales Doblado y Comonfort, á que se adhieran á nuestra causa, pues este sería uno de los mejores medios de alcanzar una solución definitiva.'"

De aquí el que Bazaine hubiese abierto negociaciones con varios generales republicanos, aunque seguidas con suma discreción y por intermediarios bien escogidos, lo que no impidió que el ejército francés sospechara y se disgustase, arrojando la responsabilidad sobre el comandante en jefe, sintiéndose los militares franceses más dispuestos á matar que á temporizar; después de la penosa y larga campaña que habían sostenido, veían con disgusto los adelantos que hacían los republicanos que encontraban, al defecionar, no solamente perdón sino recompensas y favores; pero el ejército no sabía que la conducta de Bazaine era el resultado de las órdenes de su Emperador, quien en las instrucciones dadas á Forey había seguido una conducta diametralmente opuesta, diciéndole que desconfiase de Doblado, y ahora tan sólo reiteraba la recomendación de no tratar de esos asuntos con los hombres del gobierno de Juárez.

Bazaine adquirió datos acerca de Doblado, y en una nota le calificó de esta manera: "Las relaciones de Doblado con la Intervención, han estado siempre afectadas de duplicidad; no hace sino males á su país, pero en compensación mucho bien á sus intereses personales." No obstante, Bazaine se propuso atraerlo al partido de la Intervención, pues urgía apresurar el término de una situación harto falsa, que torturaba constantemente el ánimo de Napoleón al ver sacrificadas sin provecho porción de existencias. En cuanto al pensamiento dominante que le había impulsado á la expedición, desconocido, burlado porque no había tenido éxito, había sido mal secundado y peor conducido, ya por un ministro tan apasionado y poco previsor cual era Saligny, ya por un jefe tan imprudente cual Laurencez y un general tan poco activo y nada diplomático como lo fué Forey. La oposición no veía en todo esto más que á Napoleón, á quien dirigía ataques sin tregua ni descanso. Este, bajo el aspecto impasible y frío, ocultaba los accesos de una impaciencia que no podía demostrar de ningún modo.

Fijo su pensamiento en México, esperaba que los asuntos mejorarían desde que Bazaine tomó el mando en jefe; por todos los correos le escribió y cuando



*Luis Adolfo Thiers.*

Estadista é historiador francés. En la tribuna combató la política de Napoleón III, pidiendo que el ejército francés se retirara de México, después de un avenimiento con el Presidente D. Benito Juárez.